



## Trabajo y Parusía

Domingo 33 del tiempo ordinario

Lucas 21, 5-19

*En aquel tiempo, como dijeran algunos, acerca del Templo, que estaba adornado de bellas piedras y ofrendas votivas, él dijo: “Esto que veis, llegarán días en que no quedará piedra sobre piedra que no sea derruida.” Le preguntaron: “Maestro, ¿cuándo sucederá eso? Y ¿cuál será la señal de que todas estas cosas están para ocurrir?” El dijo: “Mirad, no os dejéis engañar. Porque vendrán muchos usurpando mi nombre y diciendo: “Yo soy” y “el tiempo está cerca”. No les sigáis. Cuando oigáis hablar de guerras y revoluciones, no os aterréis; porque es necesario que sucedan primero estas cosas, pero el fin no es inmediato.” Entonces les dijo: “Se levantará nación contra nación y reino contra reino. Habrá grandes terremotos, peste y hambre en diversos lugares, habrá cosas espantosas, y grandes señales del cielo. “Pero, antes de todo esto, os echarán mano y os perseguirán, entregándoos a las sinagogas y cárceles y llevándoos ante reyes y gobernadores por mi nombre; esto os sucederá para que deis testimonio. Proponed, pues, en vuestro corazón no preparar la defensa, porque yo os daré una elocuencia y una sabiduría a la que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros adversarios. Seréis entregados por padres, hermanos, parientes y amigos, y matarán a algunos de vosotros, y seréis odiados de todos por causa de mi nombre. Pero no perecerá ni un cabello de vuestra cabeza. Con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas.*

### Reflexión

En el Evangelio de hoy, Jesús nos habla de la parusía, esto es la venida de Jesucristo al fin de los tiempos. Nos indica los signos precursores: guerras, revoluciones, terremotos y epidemias. Además anuncia las persecuciones de los fieles cristianos.

Pero Jesús también promete su protección y salvación en medio de la tribulación. Sólo exige de nosotros perseverancia, constancia y fidelidad.

Jesús, en el Evangelio, nos da a entender que su última venida no es tan inminente. Por eso no tenemos ningún motivo para vivir en la ociosidad, aguardando pasivamente el fin de los tiempos.

Esta era la actitud de numerosos cristianos en Tesalónica, como San Pablo nos explica en la segunda Lectura de hoy (2Tesalonicenses 3, 7-12). Engañados por una falsa espera de la llegada de Cristo, se entregan a vanas discusiones, rechazando trabajar.

Por eso, San Pablo los invita una vez más a tomar conciencia del valor del trabajo. Porque la caridad cristiana no puede favorecer la pereza. ¡Qué cada uno coma del fruto de su trabajo! La dignidad del hombre exige no ser carga para nadie. El mismo apóstol San Pablo nos da el ejemplo en esto.

También Jesús tiene esta misma actitud que San Pablo frente al trabajo. Durante la mayor parte de su vida trabajó con sus manos. Era como San José carpintero. Y recién cuando tuvo 30 años comenzó a predicar el Evangelio del Reino y dedicó todas fuerzas a esta gran tarea.

Jesús no habla del trabajo, pero al inaugurar el Reino en este mundo, descubre su verdadera dignidad. Los hijos de Dios aportan su colaboración en la construcción del Reino, cumpliendo con fidelidad su tarea y misión personal. Porque mediante el trabajo humano logramos dominar el mundo y, además, superarnos a nosotros mismos...

El cristiano está en condiciones de trabajar por la verdadera humanización de la tierra y por la transformación de las relaciones entre los hombres. Cristo nos ha hecho capaces de transformar el mundo, poco a poco, hasta convertirlo en un lugar donde habite la justicia y donde los hombres se amen unos a otros.

El fin del mundo es, por eso, para nosotros, los cristianos, una esperanza. El fin de los tiempos no debe ser una catástrofe, sino una realización. Dios no quiere aniquilar este mundo, que tanto ha amado, sino que quiere construirlo y perfeccionarlo con nuestra ayuda. Depende también de nuestro esfuerzo que la parusía sea una catástrofe o bien una culminación.

No conocemos la fecha del fin de los tiempos, pero el Evangelio nos indica signos de la parusía. Así nos dice San Mateo: *“Este Evangelio del Reino se predicará en el mundo entero, en testimonio para todas las naciones, y luego vendrá el fin”* (24,14). El fin sería, entonces, una manifestación gloriosa y universal de Jesucristo.

Esta perspectiva entusiasmaba a los primeros cristianos. Ellos deseaban ser apóstoles para apresurar la evangelización del mundo, y con ella el retorno de su Señor. Esta esperanza lanzaba a San Pablo por todos los caminos del Imperio Romano.

Queridos hermanos, nuestra esperanza, nuestra inquietud debería ser la misma: el fin, la perfección del mundo tiene que ser obra nuestra. Nosotros somos los responsables de su salvación. La venida final de Cristo depende de nosotros.

Él no volverá hasta que esta misión nuestra - humanizar, transformar y evangelizar el mundo - sea cumplida, hasta que estén reunidos todos los elegidos de los cuatro ángulos de la tierra.

¡Qué así sea!

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Amén.

Padre Nicolás Schwizer  
Instituto de los Padres de Schoenstatt